



Ministero degli Affari Esteri

CeSPI
Centro Studi di Politica Internazionale

III Conferenza Nazionale Italia - America Latina e Caraibi
Roma, 16 – 17 ottobre 2007
Ministero degli Affari Esteri - Sala delle Conferenze Internazionali

Samuel Santos

Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua

Vivimos tiempos de globalización, tiempos de integración.

Las decisiones y las acciones que tomemos o dejemos de realizar influirán sobre las condiciones en que las futuras generaciones de seres humanos. De esta conciencia nace, para los países de América Latina y el Caribe, la necesidad de la **integración desde los pueblos**.

Hasta hoy, hemos sido objetos de la integración para los negocios, ésa que tiene su lógica en la competitividad del mercado y sólo favorece los negocios de las grandes empresas multinacionales que dictan el orden económico internacional según sus propios intereses. Las consecuencias de este tipo de integración han sido la desregulación social y ambiental; el debilitamiento de los roles políticos, económicos y sociales de nuestros Estados nacionales; la cesión de nuestros recursos naturales y nuestros bienes comunes a favor de las corporaciones y los empresarios de la era de

la globalización, usando la lógica de que entre más libertad comercial exista mayor desarrollo se da.

Éstas y otras tendencias acentúan las vulnerabilidades de nuestros países, aumentan los problemas de exclusión y causan pérdida de las capacidades nacionales, violación de derechos, desigualdad social, pobreza y extrema pobreza en toda la región latinoamericana.

En el caso de Nicaragua, estamos convencidos de que es posible cambiar las reglas del juego si éstas se establecen sobre bases comunes de trato justo. Somos partidarios de ampliar nuestra frontera comercial a través de acuerdos de cooperación multisectorial. Somos capaces de fortalecer los acuerdos comerciales existentes y de establecer nuevos, siempre en beneficio de los productores nicaragüenses utilizando para ello todos los foros y organizaciones que trabajan con el tema del comercio a nivel mundial. Es nuestra oportunidad para defender los derechos de nuestro país y ampliar las oportunidades de inversión en sectores estratégicos para nuestro desarrollo económico y social.

Respecto a la inversión, mi Gobierno apoya, incentiva y protege la atracción de la inversión externa para generar tasas de crecimiento más aceleradas y la generación de empleo en todos los sectores de la economía.

En este contexto, mi Gobierno está priorizando su programa de inversión a los sectores de energía eléctrica, agua potable, crédito agrícola, puertos, carreteras y caminos que unen los centros de producción o las localidades de mayor potencial productivo.

Desde nuestras luchas independentistas, la integración ha sido un objetivo histórico. La unidad geopolítica de América Latina y el Caribe fue planteada nítidamente por la mayoría de sus líderes, propósito que provocó el rechazo de las potencias europeas de la época y, luego, de la naciente potencia estadounidense.

De estas circunstancias nació la abierta contradicción entre unidad política e integración comercial, por lo que resolver esta contradicción continúa siendo, más aún en los años iniciales del siglo XXI, el principal reto de los países a los que se nos denomina en vías de desarrollo.

No podemos continuar soportando los efectos de una visión de nuestra región como un “ámbito de libre comercio”. La globalización de la economía y las finanzas, la integración, deben tener una base justa común a todos. El Presidente Daniel Ortega, en su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, tan sólo hace pocos días, expresaba: “Tienen que cambiar esos conceptos de Libre Mercado y de Tratado de Libre Comercio, por Comercio Justo y Mercado Internacional Justo”. Y agregaba: “No es con migajas que se va a resolver este problema” (el de las profundas disparidades entre los países que disfrutaban del bienestar a costa del dolor y el sacrificio de la mayoría).

Los latinoamericanos y caribeños vivimos una época de revivificación. Los grandes costos humanos y económicos de las décadas recién pasadas y los impactos negativos de la globalización neoliberal abrieron el camino a una conciencia clara de que en el seno de nuestras propias sociedades y en nuestras propias capacidades individuales y colectivas residen las claves del cambio.

La integración por la que propugnamos tiene como principios la soberanía, la sustentabilidad ambiental, la equidad social y la democracia directa. Una integración sin estos elementos esenciales no es aceptable bajo ninguna circunstancia.

Integración con promoción y defensa de los Derechos políticos, económicos, sociales y culturales. Integración con protección y uso sustentable de todos aquellos recursos considerados básicos para la vida humana, referidos tanto a los bienes materiales disponibles en la naturaleza (agua, energía, biodiversidad) como a los bienes inmateriales productos del desarrollo cultural y la herencia histórica de las comunidades y pueblos. Integración con complementariedad y reciprocidad, esto es, transformación de las condiciones actuales de intercambio basadas en los criterios de competencia desigual, apropiación de recursos y acumulación de capital, para promover, con dignidad y justicia, el intercambio justo de bienes, productos y servicios que se generan por nuestros pueblos.

Integración con autonomía y autodeterminación. Integración con democracia directa y participación activa de los sujetos políticos, económicos y sociales.

Al mismo tiempo, tienen que cambiar los fundamentos de la “cooperación internacional”. Somos partidarios de que la cooperación entre países y regiones del mundo adquiera carácter de comercio justo y solidario. Es preciso dejar atrás la noción asistencialista de la cooperación, alineándose ésta, sin vacilaciones, hacia el aumento de la competitividad de la economía priorizando la infraestructura productiva, políticas de desarrollo rural, la producción de alimentos y el desarrollo de las capacidades productoras de los pobres.

Además, es necesario que la cooperación sea entre iguales y tenga carácter soberano, liberándose de las políticas que deciden por nosotros.

Los centroamericanos celebramos la propuesta de la Unión Europea de celebrar un Acuerdo de Asociación con nuestros países. Creemos que ambas regiones tenemos una invaluable oportunidad para cambiar, desde sus fundamentos, la visión unilateral, dominante, de simple perspectiva comercial, de las relaciones que deseamos construir. Esta ocasión debemos aprovecharla al máximo, y mostrar las posibilidades que pueden construirse con políticas justas, equitativas, de mutuo beneficio.

Nosotros en Centroamérica, específicamente, El Salvador, Honduras y Nicaragua, hemos iniciado este nuevo y mejor tipo de relación, la semana pasada, con la propuesta del desarrollo conjunto del Golfo de Fonseca, que compartimos los tres países.

Si el proceso al que me refiero no surcara tal dirección, el retraso económico de Centroamérica aumentará, las crisis sociales se profundizarán, la unidad geopolítica de Latinoamérica seguirá planteándose como factor necesario para su independencia frente a terceras potencias, y la búsqueda de cooperación alternativa se convertirá en una necesidad para lograr esa independencia.

Como hemos dicho antes, el camino hacia un Acuerdo de Asociación demanda la creación de un **Fondo Común de Crédito Económico Financiero** para que nuestras economías, tan frágiles y empobrecidas, puedan optar al progreso y al desarrollo. Acuerdo de Asociación y Fondo Común de Crédito Económico y Financiero forman parte, desde nuestra

perspectiva, de un mismo formato de negociación entre Centroamérica y la Unión Europea.

El tema de las asimetrías en Centroamérica es una preocupación de todos, incluyendo de los pueblos europeos que, representados por sus parlamentarios, han recomendado al Consejo Europeo que *la negociación del futuro Acuerdo de Asociación debe ajustarse al deseo de las partes.*

Se trata, en fin, de un problema ético y político de enormes repercusiones sociales, toda vez que su objetivo fundamental es el ser humano, la persona cuya vida late todos los días frente a la angustia de un futuro mejor para sí y para los demás.

Al trabajar para cambiar los paradigmas que nos han mantenido situados en condiciones de desigualdad histórica, de injusticia e inequidad en nuestro trato común, lo hacemos para construir un futuro colmado de esperanzas, un mundo más humano, un mundo para todos, un mundo mejorado que sea digno de heredarlo a nuestros hijos y nietos.

Muchas gracias.